



“

El programa de intercambio cultural con Rusia se titula «aGGiornare tHe clÁsicos!!!» (así, con cada palabra en un idioma, las mayúsculas sembradas al buen tuntún y un redoble final de exclamaciones) y, para mi sorpresa, me seleccionaron para participar por mi doble condición (decían) de *joven* dramaturgo y de director de un grupo teatral *alternativo*. Lo de «joven» no me molestó en discutirlo, aunque ya he cumplido los treinta y tres años y empieza a parecerme un adjetivo un poco exagerado; lo de «alternativo» me repugnó: me sentí insultado, es un término de supuesto aroma elogioso, pero completamente paternalista e inexacto. Lo emplean las instituciones públicas para mantenernos en un agujero a los artistas de vanguardia, como si fuéramos bichos raros, algo así como los urogallos del ecosistema cultural. Pues no, señores: no soy alternativo, yo soy la negación del fétido teatro español actual y de su mohosa tradición. La convivencia es



imposible. Quieren considerarme la espita del sistema, pero yo aspiro a ser su espoleta y mi intención es reventarlo, eso que quede bien claro.

Como una cosa es lo que uno piensa y otra lo que hace, reconozco que la invitación para participar en «aGGiornare tHe clÁsicos!!!» me hizo ilusión. Cuando recibí el correo electrónico sentí algo parecido al orgullo y hasta al patriotismo. La Comisión Europea encargaba a un escritor de cada país de la Unión y a un ruso la «demolición» (empleaban esa palabra) de un clásico de su literatura para después reconstruirlo «desde una mirada rabiosamente actual, postpostmoderna» (el logotipo del programa era un retrato de Ibsen disfrazado de *drag queen*, con eso está dicho todo). Alguien en Bruselas (seguramente un funcionario con un sueldazo, dedicado a la inverosímil labor de repartir alpiste entre los artistas) había decidido que los ojos rabiosos de esa postpostmodernidad en España eran los míos, con mis dioptrías, mis gafas de pasta y mi ligero estrabismo. Este gentil funcionario me asignó *El príncipe constante* de Calderón, obra ignota para mí: el título me sonaba vagamente, pero nunca la había leído, ni visto representada, y ni siquiera sabía de qué iba. Aún así, acepté al instante, no fuera que buscaran a otro dramaturgo más joven, más alternativo y más estrábico que yo: al fin y al cabo, se trataba de demoler a Calderón, así que poco importaba lo que el viejales barroco hubiera escrito, yo sólo tenía que aplicarme con la piqueta. La oportunidad era maravillosa: mi versión la representaría primero (y bajo mi dirección) la Compañía Nacional de Teatro Clásico en Madrid y después, traducida al ruso, el Teatro-Taller de Piotr Fomenko en Moscú, durante un gran festival en el que programarían todas las obras de «aGGiornare tHe clÁsicos!!!»: por allí desfilarán, como en la cabalgata del Orgullo Gay, Goldoni, Schiller, Molière, Shakespeare, Mrožek, Ionesco, Chéjov y unlargoetcétera (los otros supuestos clásicos sólo los conocen en su pueblo y no me acuerdo de sus nombres). Por supuesto, me pagaban una millonada, aparte de la estancia



en Moscú durante los ensayos y las representaciones, así que vivan la postpostmodernidad y la Unión Europea!

Antes de leer el texto de Calderón ya había decidido que el príncipe fuera princesa y que apareciera caracterizada como *Le Petit Prince* de Saint-Exupéry, pero sin pantalones, con la vulva peluda al aire para simbolizar la obsesión por la honra de nuestros autores del Siglo de Oro (que a mí me parece más bien el Siglo de Plomo: me aburren a muerte esas comedias llenas de labradores, comendadores, maestros de Calatrava, criados bufos, ripios baratos y moralina santurrón). Calderón resultó un hueso duro de roer y no se dejó tumbar así como así. *El príncipe constante* trata sobre el largo cautiverio de un príncipe cristiano ultranacionalista, que prefiere permanecer preso de los moros antes de que lo canjeeen por la ciudad de Ceuta. Es un hombre aparentemente asexuado: durante todo su encarcelamiento no añora a ningún amor, no se hace pajas... Eso lo arreglé yo en mi versión, por supuesto. Mi princesa no deja de masturbarse mientras recita fríamente sus monólogos. Por su parte, todo el reparto masculino aparece completamente desnudo, con prótesis de penes erectos (por experiencia sé que los actores son incapaces de aguantar una erección en escena, salvo los profesionales del porno, que son carísimos de contratar y se les da mal hablar en verso y hablar en general). Las murallas de Fez y Tánger (que es donde se ambienta la obra) están simuladas por decenas de aparatos de televisión apilados donde se emiten de forma continua primeros planos de penetraciones anales, alternadas con imágenes de las familias reales europeas actualmente reinantes. Todo esto para subrayar que el gran tema subterráneo de la obra, lo que de verdad le interesaba a Calderón —y nos interesa a los espectadores del siglo XXI—, es el sexo.

Los actores de la Compañía de Arte Clásico no parecían muy convencidos con mi propuesta, pero, tras una amenaza de despido por parte del gerente acabaron obediendo mis órdenes y, si no con entusiasmo, sí montaron la obra con profesionalidad. Yo estaba preparado para re-



cibir malas críticas de la prensa española, pues por algo todos los reseñistas son enemigos jurados míos. Para mi sorpresa (y mi indignación) fueron blandos: «Travesuras de un joven dramaturgo», escribió uno; «Calderona alternativa», tituló —con mala intención— otro; «Rutinaria postmodernidad», apuntó un tercero (se olvidó de colocar un «post»).

Hoy he llegado a Moscú. Hace un calor del demonio. En la cafetería del espartano hotel en el que me alojan (que se conserva igual que si Stalin siguiera vivo) he conocido al traductor de mi versión al ruso. Es un chico de veinte años, alto, fuerte, musculoso, de poderoso aire eslavo, con aretes en las orejas y los labios atravesados por clavos. Viste una camiseta de tirantes, bermudas y unas chanclas, como si fuera un turista. Él será también mi intérprete con la compañía de Fomenko. Me mira con curiosidad y percibo una pizca de decepción en sus ojos. Tras saludarnos, sus primeras palabras han sido:

—Los actores dicen que no se desnudan.

He vivido tantas veces esta situación que no me he inmutado. He pedido al camarero una cerveza y he respondido sonriendo:

—Vamos a pelearnos mucho...

””